



Como hemos señalado en el capítulo anterior, al mismo tiempo que crecía el interés entre los teóricos estadounidenses de la sociología por la cuestión micro-macro, aumentaba entre los teóricos europeos la preocupación por la relación entre la acción y la estructura. Por ejemplo, Margaret Archer afirmó que «el problema de la estructura y la acción ha llegado a ser considerado acertadamente como la cuestión básica de la teoría social moderna». Esta autora señala de hecho que el análisis de este vínculo (y de otros por él implicados) se ha convertido en «la prueba del ácido» de una teoría social general y en el «problema central» de la teoría (Archer). Antes que Archer, Dawe llegó a señalar: «He aquí, pues, la problemática en tono a la que se escribe la historia del análisis sociológico: la problemática de la acción humana». En la preocupación de Dawe por la capacidad de acción se

encuentra implícito un interés por la estructura social, así como por la tensión constante entre ellas.

Así, muchos observadores de ambos lados del Atlántico han coincidido en el surgimiento de lo que parece ser un nuevo consenso. No sólo se aprecian acuerdos aparentes entre los Estados Unidos y Europa, sino semejanzas superficiales entre las terminologías de la cuestión micro-macro y de la acción-estructura, y sus orientaciones parecen implicar la posibilidad de un consenso internacional en teoría social.

Se diría que esta armonía es una buena noticia para la teoría social, durante mucho tiempo caracterizada por profundas diferencias y cierta incapacidad de comunicación entre las fronteras teóricas. Desafortunadamente, a pesar del uso de términos semejantes, el consenso que ha surgido en los Estados Unidos difiere ligeramente del europeo. Además, pueden apreciarse diferencias sustanciales entre las literaturas europea y estadounidense. Así, este aparente consenso parece bastante superficial y se desvanece considerablemente debido a las diferencias entre y dentro de la teoría social contemporánea en los Estados Unidos y en Europa.

Encontramos una preocupación por el vínculo entre la acción y la estructura en los trabajos de varios teóricos que escriben dentro de la tradición europea, entre los que destacan: la teoría de la estructuración de Giddens; el interés de Archer por la morfogénesis (1982) y su preocupación posterior por el vínculo entre la cultura y la acción (1988); la distinción de Bourdieu entre *habitus* y *campo*; el esfuerzo de Habermas por integrar el mundo de la vida y el sistema; la teoría del sistema de normas sociales de Burns; el análisis de Lukes del poder y la estructura; la estructuración histórica de Abrams; la cuestión de la autoproducción de la sociedad de Touraine y la teoría de juegos de Crozier y Friedberg. Antes de continuar es preciso definir los modos en los que se utilizan los términos acción y estructura y compararlos con la terminología de la cuestión micro-macro.

En una visión superficial, las cuestiones micro-macro y acción-estructura parecen similares y suelen ser consideradas como si fueran muy semejantes. He tendido a considerar los trabajos que se ocupan de la acción y la estructura como parte de la preocupación por el vínculo micro-macro (Ritzer). De modo similar, Archer (1988) afirma que la cuestión acción-estructura connota una preocupación por la relación micro-macro (así como por la relación voluntarismo-determinismo y subjetivismo-objetivismo). Estas posiciones parecen justificadas debido al hecho de que, después de todo, parece haber una estrecha relación entre el nivel micro y el actor y el nivel macro y la estructura. Es decir, la hay si estamos pensando en agentes humanos individuales (micro) y en la estructura social a gran escala (macro). Sin embargo, existen otros modos de enfocar las cuestiones de la acción-estructura y de lo micro-macro que evidencian con claridad importantes diferencias entre estas dos conceptualizaciones.

Por lo general, la acción hace referencia al nivel micro, a los actores humanos individuales, pero también puede hacer referencia a la actuación de colectividades (macro). Por ejemplo, Burns considera que los agentes humanos implican «individuos, así como grupos organizados, organizaciones y naciones». Touraine analiza las clases sociales como actores. Si aceptamos que estas colectividades son agentes, entonces no es posible equiparar la capacidad de acción y los fenómenos en el nivel micro. Por otro lado, mientras la estructura suele hacer referencia a las grandes estructuras sociales, también puede implicar estructuras micro tales como las implicadas en la interacción humana. La

definición de Giddens de sistemas (que se aproxima más al significado usual de estructura que a su propio concepto de estructura) implica ambos tipos de estructuras, puesto que en sus términos son «relaciones reproducidas entre actores o colectividades». Así, tanto la capacidad de acción como la estructura pueden hacer referencia a fenómenos del nivel micro o del nivel macro, o a ambos tipos de fenómenos.

Retomando la distinción micro-macro, lo micro suele hacer referencia al tipo de actor consciente y creativo que preocupa a muchos teóricos de la acción, pero también puede hacer referencia a un «actuante» menos consciente que interesa a los conductistas, a los teóricos del intercambio y a los teóricos de la elección racional. De modo similar, el término macro puede hacer referencia no sólo a las grandes estructuras sociales, sino también a las culturas de las colectividades. Así, lo micro puede o no hacer referencia a los «agentes» y lo macro puede o no hacer referencia a las «estructuras».

Si analizamos detenidamente los esquemas micro-macro y acción-estructura, apreciamos que hay diferencias sustanciales entre ellos. Debido a que los teóricos estadounidenses tienden a centrarse en el vínculo micro-macro (Berger, Eyre, y Zelditch) y los europeos en la relación entre acción y estructura, hay importantes diferencias entre los consensos estadounidense y europeo.

Antes de seguir con este análisis general de la literatura acción-estructura, así como con su relación con la literatura micro-macro, estudiaremos en detalle los principales ejemplos de este género de literatura. Este estudio nos proporcionará una comprensión mayor de la naturaleza general de los trabajos sobre la acción y la estructura.

1. Principales Ejemplos de Integración Acción-Estructura

a. Anthony Giddens: teoría de la estructuración

Uno de los esfuerzos más conocidos y esmerados por integrar la acción y la estructura es la teoría de la estructuración de Giddens nos presentó esta teoría en la década de los años setenta, pero su forma más desarrollada nos la expone en su libro *The Constitution of Society* [La constitución de la sociedad], subtítulo *Outline of the Theory of Agency* [Bosquejo de una teoría de la acción]. En este libro, Giddens llega a decir: «Toda investigación en ciencias sociales o en historia se ha preocupado por la relación entre la acción y la estructura... en ningún caso la estructura «determina» la acción o viceversa».

Aunque no es marxista, puede apreciarse en la obra de Giddens una poderosa influencia marxista, e incluso él mismo considera que su libro *The Constitution of Society* constituye una reflexión sobre el dictum inherentemente integrador de Marx: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen como ellos quieren, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado».

La teoría de Marx es sólo una de las muchas influencias teóricas que se aprecian en la teoría de la estructuración. En uno u otro momento Giddens analizó y criticó las orientaciones teóricas más importantes para derivar de ellas una serie de ideas útiles. La teoría de la estructuración es extraordinariamente ecléctica.

Giddens examina una amplia gama de teorías que parten bien del actor/ individuo (por ejemplo, el interaccionismo simbólico) o de la sociedad/estructura (por ejemplo, el funcionalismo estructural) y rechaza ambas alternativas extremas. Antes bien, Giddens señala que debemos arrancar de las «prácticas sociales recurrentes». Y concretando, afirma: «De acuerdo con la teoría de la estructuración, el dominio básico del estudio de las ciencias sociales no es ni la experiencia del actor individual, ni la existencia de cualquier forma de totalidad social, sino las prácticas sociales ordenadas a través del tiempo y en el espacio» (Giddens).

En el centro de la teoría de la estructuración de Giddens, que se enfoca hacia las prácticas sociales, se encuentra una teoría de la relación entre la acción y la estructura. Según Bernstein, «en el núcleo de la teoría de la estructuración» está «el propósito de iluminar la dualidad de la acción y la estructura y su interacción dialéctica». Así, acción y estructura no pueden concebirse por separado, son las dos caras de una misma moneda. En términos de Giddens, constituyen una dualidad (en el próximo apartado analizaremos la crítica de Archer de esta orientación). Toda acción social implica estructura, y toda estructura implica acción social. Acción y estructura se encuentran inextricablemente intrincadas en toda actividad o práctica humana.

Como hemos señalado más arriba, el punto de partida del análisis de Giddens son las prácticas humanas, pero este autor insiste en que deben ser consideradas como recurrentes. Es decir, las actividades no son «creadas por los actores sociales, sino continuamente recreadas por ellos a través de los diversos medios por los que se expresan a sí

mismos como actores. Por medio de sus actividades los agentes producen las condiciones que hacen posibles esas actividades» (Giddens). Así, no es la conciencia la que, mediante la construcción social de la realidad, produce las actividades, ni es la estructura social la que las crea. Antes bien, en su expresión como actores, las personas se implican en la práctica, y mediante esa práctica se producen la conciencia y la estructura. Held y Thompson, en su análisis del carácter recurrente de la estructura, afirman que «la estructura se reproduce en y mediante la sucesión de prácticas situacionales organizadas por ella». Lo mismo puede señalarse por lo que respecta a la conciencia. A Giddens le preocupa la conciencia o reflexividad. Sin embargo, con su reflexividad, el actor humano no sólo es autoconsciente, sino que se implica también en el control del flujo constante de las actividades y las condiciones estructurales. Esto condujo a Bernstein a afirmar que la «acción en sí está reflexiva y recurrentemente implicada en las estructuras sociales». En términos generales, puede afirmarse que la preocupación central de Giddens es el proceso dialéctico mediante el que se producen la práctica, la estructura y la conciencia. Así, Giddens analiza la cuestión de la acción y la estructura con un enfoque dinámico, procesual e histórico.

No sólo son reflexivos los actores sociales, lo son también los investigadores que los estudian. Esto conduce a Giddens a sus conocidas ideas sobre la «doble hermenéutica». Tanto los actores sociales como los sociólogos utilizan el lenguaje. Los actores utilizan el lenguaje para explicar lo que hacen, y los sociólogos, a su vez, se sirven del lenguaje para dar cuenta de las acciones de los actores sociales. Así, es preciso que nos ocupemos de la relación entre el lenguaje de los legos y el científico. En particular, nosotros hemos de ser conscientes del hecho de que la comprensión que tiene el científico social del mundo puede conducir a una comprensión errónea de los actores que están siendo estudiados. En este sentido, los investigadores sociales pueden alterar el mundo que están estudiando y llegar así a conclusiones y hallazgos distorsionados.

Pasemos a analizar algunos de los principales componentes de la teoría de la estructuración de Giddens. Empezamos por sus reflexiones sobre los agentes, quienes, como ya hemos visto, controlan continuamente sus propios pensamientos y actividades, así como sus contextos físicos y sociales. Los actores tienen la capacidad de la racionalización, que para Giddens significa el desarrollo de rutinas que les capacitan para manejar eficazmente la vida social. Los actores también tienen motivaciones para actuar, y estas motivaciones implican deseos que impulsan la acción. Así, mientras la racionalización y la reflexividad están constantemente implicadas en la acción, es más apropiado considerar que las motivaciones son potenciales para la acción. Las motivaciones proporcionan planes generales para la acción, pero, desde el punto de vista de Giddens, la mayor parte de nuestra acción no está directamente motivada. Aunque esta acción no está motivada y nuestras motivaciones suelen ser inconscientes, las motivaciones desempeñan un importante papel en la conducta humana.

También dentro del reino de la conciencia Giddens hace una distinción (permeable) entre conciencia práctica y discursiva. La conciencia discursiva implica la capacidad de expresar con palabras las cosas. La conciencia práctica implica sólo lo que hacen los actores y no entraña su capacidad de expresar lo que hacen con palabras. Este último tipo de conciencia es el más importante en la teoría de la estructuración, reflejando un interés primordial por lo que se hace más que por lo que se dice.

Con este acento sobre la importancia de la conciencia práctica, la teoría de la estructuración se desliza suavemente desde los agentes a la acción, a las cosas que los agentes hacen realmente. «La capacidad de acción sugiere la existencia de eventos perpetrados por un individuo... Lo que ocurrió no hubiera ocurrido sin la intervención de ese individuo» (Giddens). Así, Giddens concede una enorme importancia (sus críticos afirman que demasiada) a la capacidad de acción. Giddens encontró serias dificultades en su esfuerzo por separar la acción de las intenciones porque afirmaba que la acción terminada difiere considerablemente de la acción inicial y su intención; en otras palabras, los actos intencionados suelen tener consecuencias inesperadas. La idea de las consecuencias inesperadas desempeña un papel relevante en la teoría de Giddens, y es particularmente importante para trasladarnos del nivel de la acción al del sistema social.

En consonancia con su acento sobre la acción, Giddens atribuye gran poder al agente. Dicho de otro modo, los agentes de Giddens tienen la capacidad de introducir cambios en el mundo social. Es más, los agentes no tienen sentido alguno si carecen de esa capacidad; es decir, un actor deja de ser un agente si pierde la capacidad de introducir cambios. Por supuesto, Giddens reconoce que existen constreñimientos sobre los actores, pero esto no significa que los actores no tengan elección ni puedan transformar las situaciones. Para Giddens, esta capacidad es más importante que la subjetividad, porque la acción implica poder o la capacidad para transformar la situación. Así, la teoría de la estructuración de Giddens atribuye gran poder al actor y, por ello, se opone a las teorías que se desvían de esta

orientación y asignan más importancia a la intención del actor (la fenomenología), o a la estructura externa (el funcionalismo estructural).

El núcleo conceptual de la teoría de la estructuración reside en las ideas de estructura, sistema y dualidad de estructura. El concepto de estructura se define como «las propiedades estructuradoras [nomas y recursos]... las propiedades que hacen posible la existencia de prácticas sociales discerniblemente similares a través de los diferentes periodos de tiempo y espacios que les dan su forma sistémica» (Giddens). La estructura se hace posible debido a la existencia de normas y recursos. Las estructuras per se no existen en el tiempo ni en el espacio. Antes bien, los fenómenos sociales tienen la capacidad de pasar a estar estructurados. Giddens sostiene que «la estructura sólo existe en y mediante las actividades de los agentes humanos». Así, Giddens ofrece una definición muy inusual de estructura que no sigue la pauta durkheimiana de considerar las estructuras como externas y coercitivas para los actores. Giddens se cuidó mucho de evitar la impresión de que la estructura es «exterior» o «externa» a la acción humana. «Tal y como yo uso el concepto, la estructura es lo que moldea y da forma a la vida social, pero no es per se esa forma» (Giddens). Como Held y Thompson señalaron, la estructura para Giddens no es un armazón «como las vigas maestras de un edificio o el esqueleto de un cuerpo».

Giddens no niega el hecho de que la estructura pueda constreñir la acción, pero cree que los sociólogos han exagerado la importancia de tal constrictión. Además, han ignorado la relevancia del hecho de que la estructura «es siempre constrictiva y capacitadora» (Giddens). Las estructuras suelen permitir a los agentes hacer cosas que no podrían hacer sin ellas. Aunque Giddens concede menor importancia a la constrictión estructural, reconoce que los actores pueden perder el control de las «propiedades estructurales de los sistemas sociales» si se distancian temporal o espacialmente de ellas. Sin embargo, tiene la precaución de evitar la imagen weberiana de la jaula de hierro y señala que esta pérdida de control no es inevitable.

La concepción sociológica convencional de estructura se aproxima más al concepto de sistema social de Giddens (Thompson). Giddens define el sistema social como un conjunto de prácticas sociales reproducidas o «relaciones reproducidas entre actores o colectividades organizadas como prácticas sociales regulares». Así, la idea de sistema social de Giddens se deriva de su preocupación central por la práctica. Los sistemas sociales no tienen estructuras, sino que exhiben propiedades estructurales. Las estructuras no existen per se en el tiempo y el espacio, sino que se manifiestan dentro de los sistemas sociales en la forma de prácticas reproducidas. Si bien algunos sistemas sociales pueden ser el producto de una acción intencionada, Giddens concede mayor importancia al hecho de que esos sistemas suelen constituir las consecuencias inesperadas de la acción humana. Estas consecuencias inesperadas pueden convertirse en condiciones desconocidas de la acción y realimentarla de nuevo. Estas condiciones pueden dificultar los esfuerzos por controlarlas, pero no destruir los esfuerzos de los actores por ejercer ese control.

Por tanto, las estructuras se «concretan» en sistemas sociales. Además, se manifiestan en «recuerdos que orientan la conducta de los agentes humanos cognoscibles» (Giddens). A resultas de lo cual, las normas y los recursos se manifiestan tanto en el nivel macro de los sistemas sociales como en el nivel micro de la conciencia humana.

Estamos ahora preparados para la definición del concepto de estructuración, cuya premisa es la idea de que «la constitución de los agentes y la de las estructuras no son dos conjuntos independientes dados de fenómenos, un dualismo, sino que representa una dualidad... las propiedades estructurales de los sistemas sociales son tanto un medio como un producto de las prácticas que organizan recurrentemente», o «el momento de la producción de la acción es también el de la reproducción en los contextos de la realización cotidiana de la vida social» (Giddens). Claramente, la estructuración implica la relación dialéctica entre estructura y acción. Estructura y acción constituyen una dualidad; no puede existir la una sin la otra.

Como se indica más arriba, el tiempo y el espacio constituyen variables cruciales en la teoría de Giddens. Ambas dependen de si las otras personas están presentes temporal o espacialmente. La condición primordial es la interacción cara a cara, en la que los otros están presentes en el mismo tiempo y espacio. Sin embargo, unos sistemas sociales se extienden en el tiempo y el espacio, mientras otros dejan de estar presentes. Este distanciamiento en términos de tiempo y espacio es cada vez más posible en el mundo moderno debido a sus nuevas formas de comunicación y transporte. Gregory (1989) señala que Giddens dedica más atención al tiempo que al espacio. Saunders, subrayando la importancia del espacio, mantiene que «todo análisis sociológico que pretende descubrir por qué y cómo suceden las cosas tiene necesariamente que tener en cuenta dónde (y cuando) suceden». La cuestión sociológica central del orden social depende del grado de integración de los sistemas sociales en el tiempo y el espacio. Uno de los logros más

ampliamente reconocidos de Giddens en el dominio de la teoría social es su esfuerzo por llevar a debate las cuestiones de espacio y tiempo.

Terminamos este apartado acercando a la realidad la sumamente abstracta teoría de la estructuración de Giddens mediante un breve análisis del programa de investigación que se puede derivar de ella. En primer lugar, en vez de centrarse en las sociedades humanas, la teoría de la estructuración se concentra en «el ordenamiento de las instituciones a través del tiempo y el espacio» (Giddens). (Giddens considera las instituciones como conjuntos de prácticas e identifica cuatro de éstos: órdenes simbólicos, instituciones políticas, instituciones económicas y derecho.) En segundo lugar, de ella se desprende una preocupación central por los cambios que experimentan las instituciones en el tiempo y el espacio. En tercer lugar, es preciso que los investigadores se interesen por los modos en los que los líderes de las diversas instituciones introducen o alteran pautas sociales. Y en cuarto lugar, los estructuracionistas deben controlar y considerar la influencia de sus hallazgos sobre el mundo social. En términos generales, Giddens se muestra profundamente preocupado por «el impacto fragmentador de la modernidad», y el estructuracionista debe estudiar este problema social acuciante.

Quedan más cosas por señalar acerca de la teoría de la estructuración de las que ya hemos expuesto: Giddens estudia en detalle los elementos teóricos que acabamos de esbozar y analiza muchos otros. Analiza, integra y/o critica una amplia serie de ideas teóricas. Durante los últimos años ha dedicado cada vez más atención a la utilización de esta teoría para analizar con actitud crítica el mundo moderno (Giddens). A diferencia de muchos otros, Giddens ha hecho algo más que exponer un programa para la integración acción-estructura; nos ha ofrecido un análisis detallado de sus diversos elementos y, lo que es más importante, se ha ocupado de la naturaleza de su interrelación. Lo que más nos satisface del enfoque de Giddens es que su preocupación central, la estructuración, se define en términos intrínsecamente integradores. La constitución de los agentes y las estructuras no son independientes una de otra; las propiedades de los sistemas sociales son consideradas como medios y productos de las prácticas de los actores, y esas propiedades de los sistemas organizan recurrentemente las prácticas de los actores.

b. Margaret Archer: cultura y acción

Margaret Archer (1988) ha orientado recientemente la literatura de la acción-estructura en una nueva dirección al centrarse en el vínculo entre la acción y la cultura. Este enfoque se deriva de hecho de un trabajo anterior suyo (1982) donde critica la teoría de la estructuración de Giddens y esboza una teoría de sistemas alternativa a ella. Comenzaremos por su trabajo de 1982 porque nos proporciona un trasfondo para su teoría posterior de la cultura y la acción.

Archer se centra en la morfogénesis; tomada de la teoría de sistemas, la morfogénesis implica el proceso mediante el que los diversos intercambios complejos no sólo producen cambios en la estructura del sistema, sino que también constituyen un producto final: la elaboración estructural. (Recuerde el lector que la morfogénesis hace referencia al cambio y la morfoestasis a la ausencia de cambio.) Esto implica que existen propiedades emergentes separables de las acciones y las interacciones que las produjeron. Una vez que las estructuras han emergido, reaccionan frente a la acción y la interacción y las alteran. La perspectiva morfogenética analiza esta cuestión en el tiempo, y considera la existencia de secuencias infinitas y ciclos de cambio estructural, de alteraciones en la acción y la interacción y de elaboración estructural.

Una diferencia clave entre Giddens y Archer es que el primero defiende las dualidades criticada por Archer-, mientras la segunda defiende la utilidad del uso (analítico) de los dualismos para analizar el mundo social. En opinión de Archer, estructura (y cultura) y acción son elementos analíticamente distintos, aun cuando se encuentran intrincados en la vida social. Es evidente que se refiere a Giddens cuando señala que «muchos pensadores han concluido demasiado deprisa que nuestra tarea es analizar simultáneamente ambas caras del mismo medallón... [Esto] impide la posibilidad de examinar la interacción entre ellas a través del tiempo... Por tanto, debemos oponernos a cualquier forma de conceptualización que impida el examen de esta interacción» (Archer). El mayor temor de Archer es la idea de que pensar en términos de dualidades de «partes» y «personas» significa «la imposibilidad de desenredar y descubrir las influencias de unas sobre otras y viceversa».

En nuestra opinión, tanto las dualidades como los dualismos desempeñan su papel en el análisis del mundo social. En algunos casos es útil separar la estructura de la acción o lo micro de lo macro para analizar el modo en que se relacionan entre sí. Sin embargo, en otros casos puede ser preferible analizar la estructura y la acción o lo micro y lo macro como dualidades inseparables. De hecho, el grado en el que el mundo social se caracteriza por dualidades o por

dualismos constituye una cuestión empírica. Es decir, en algunos casos es preferible analizar el entorno social utilizando dualidades y en otros, sin embargo, pueden ser más útiles los dualismos. Lo mismo puede señalarse por lo que respecta a los diferentes momentos en el tiempo. Debemos ser capaces de estudiar y medir el grado de dualidades y dualismos en cualquier entorno social y en cualquier momento.

Una segunda crítica que hace a Giddens es que su teoría de la estructuración no parece tener ningún resultado final. Nos ofrece un ciclo infinito de acción y estructura que carece de dirección. En cambio, el enfoque morfogenético de Archer se encamina hacia la elaboración estructural. Muchos otros han criticado a Giddens desde el mismo enfoque de Archer, pero lo que más nos interesa aquí es que la morfogénesis constituye el trasfondo de la teoría de la cultura y la acción y desempeña un papel crucial en ella.

Archer parte de la premisa de que el problema de la estructura y la acción ha «ensombrecido» la cuestión de la cultura y la acción. Como muchos otros sociólogos, hace una distinción entre ellas. Sin embargo, esta distinción es conceptual, puesto que la estructura y la cultura están obviamente intrincadas en el mundo real. Mientras la estructura constituye el reino de los fenómenos e intereses materiales, la cultura entraña fenómenos no materiales e ideas. No sólo son sustantivamente diferentes, sino también relativamente autónomas. Así, en opinión de Archer, estructura y cultura deben analizarse como elementos relativamente autónomos, y no como si estuvieran «estrechamente abrazados debido a un defecto conceptual» (1988: ix). Sin embargo, a pesar del resurgimiento de la «sociología cultural» (Lamont y Wuthnow, 1990), el análisis cultural va a la zaga del análisis estructural. (Archer describe el «análisis cultural como una relación pobre»; y afirma que a ello se debe el hecho de que apenas existen análisis de la relación entre la cultura y la acción.)

En la teoría morfogenética el análisis en el reino de la estructura se centra en el modo en que el condicionamiento estructural influye sobre la interacción social y en el modo en que ésta, a su vez, conduce a la elaboración estructural. En el reino cultural la preocupación paralela se dirige hacia el modo en que el condicionamiento cultural influye sobre la interacción sociocultural y, de nuevo, hacia el modo en que esto conduce a la elaboración estructural. En ambos casos se asigna una importancia central al tiempo. El condicionamiento cultural hace referencia a las partes o los componentes del sistema cultural. La interacción sociocultural implica las relaciones entre los agentes culturales. La relación entre el condicionamiento cultural y la interacción sociocultural es, por tanto, una variante cultural de la cuestión estructura-acción.

Archer parte del sistema cultural «porque toda acción socio-cultural, en cualquier momento histórico en el que se sitúe, se realiza en el contexto de innumerables teorías, creencias e ideas interrelacionadas que se han desarrollado previamente a ella y que, como veremos, ejercen una influencia condicional sobre ella». El sistema sociocultural precede a la acción e interacción sociocultural, e influye y es influido por esta acción. Finalmente, la elaboración estructural es posterior a la acción y a la interacción sociocultural, así como a los cambios inducidos en ellas debido a las alteraciones en el sistema sociocultural. El interés de Archer es explicar no sólo la elaboración cultural en general, sino también sus manifestaciones específicas. He aquí el modo en que Archer resume su enfoque dialéctico y temporal sobre la relación entre los tres «estadios»: «Así, la elaboración cultural es el futuro forjado en el presente y extraído de la herencia del pasado mediante una innovación constante».

En la teoría de Archer hay también una dimensión relativa al conflicto y al orden. Las partes del sistema cultural pueden ser contradictorias o complementarias. Esto ayuda a determinar si los agentes se implicarán en relaciones conflictivas u ordenadas. A su vez, estas relaciones ayudan a determinar si las relaciones culturales son estables o cambiantes.

En términos de la acción, la preocupación de Archer es especificar los modos en los que el sistema cultural influye sobre la acción sociocultural. Se interesa además por la influencia de las relaciones sociales sobre los agentes. He aquí pues la cuestión de los modos en los que los agentes responden o reaccionan al sistema cultural. Archer expresa así su preocupación central por el nexo cultura-acción: «Nuestro interés primordial por el sistema cultural reside precisamente en su doble relación con la acción humana, es decir, su influencia sobre nosotros... y nuestra influencia sobre él». Los agentes tienen la capacidad de debilitar o de reforzar la influencia del sistema cultural.

Aunque Archer defiende el estudio de la relación entre la cultura y la acción bajo la denominación general de «morfogénesis», su principal objetivo es un análisis unificado de la relación entre la estructura, la cultura y la acción. Será preciso, pues, analizar la influencia recíproca de la estructura y la cultura así como la influencia relativa de ambas sobre la acción.

Archer cree que la cultura está en el mismo nivel que el sistema social y que puede analizarse utilizando una perspectiva similar a la de la teoría de sistemas. Distingue su enfoque de la cultura de tres orientaciones principales. La primera es la idea de la fusión descendente, o noción de que la cultura es un macrofenómeno que influye sobre los actores. La segunda es la fusión ascendente, o idea de que un grupo impone su visión del mundo a otros grupos. Finalmente, tenemos la fusión central, que Archer relaciona con Giddens. Esta última perspectiva forma parte de la crítica de Archer al pensamiento de Giddens sobre las dualidades, y hace referencia a su negativa a analizar por separado el sistema cultural y el nivel sociocultural. Así expresa Archer su posición: «La cultura es el producto de la acción humana, pero, al mismo tiempo, toda forma de interacción social está encuadrada en ella».

En la base de la teoría de Archer encontramos cuatro ideas generales. En primer lugar, el sistema cultural se compone de elementos que mantienen una relación lógica entre ellos. En segundo lugar, el sistema cultural ejerce una influencia causal sobre el sistema sociocultural. En tercer lugar, hay una relación causal entre los individuos y los grupos que existen en el nivel sociocultural. Y finalmente, los cambios en el nivel sociocultural conducen a la elaboración del sistema cultural.

Es evidente que Archer apenas ha excavado la superficie del análisis de la relación entre la cultura y la acción. Debe hacerse un esfuerzo mayor en la exploración de este reino así como en la integración de los análisis cultural y estructural desde una perspectiva morfogénica.

c. Pierre Bourdieu: habitus y campo

Una perspectiva comparable a la de Giddens en muchos sentidos y por sus similares ambiciones es la teoría de Pierre Bourdieu, que se centra en la relación dialéctica entre habitus y campo. Antes de definir estos dos términos y analizar su relación, es preciso exponer el telón de fondo teórico de la perspectiva de Bourdieu.

El impulso de la teoría de Bourdieu fue su deseo de superar la oposición entre objetivismo y subjetivismo que a sus ojos es falsa. Como Bourdieu señala: «la firme intención (y, en mi opinión, la más importante) que guía mi trabajo ha sido superar» la oposición entre objetivismo y subjetivismo (1989: 15). Bourdieu ubica en el campo del objetivismo a Durkheim y su estudio de los hechos sociales, al estructuralismo de Saussure, a Lévi-Strauss y a los marxistas estructurales (véase el Capítulo 9). Critica estas perspectivas por centrarse en las estructuras objetivas e ignorar el proceso de la construcción social mediante el cual los actores perciben, piensan y construyen esas estructuras para luego actuar sobre esa base. Los objetivistas ignoran la acción y el agente, y Bourdieu se muestra a favor de una perspectiva estructuralista que no pierde de vista al agente. Considera la fenomenología de Schutz, el interaccionismo simbólico de Blumer y la etnometodología de Garfinkel como ejemplos de subjetivismo centrados en el modo en que los agentes piensan, explican o representan el mundo social ignorando las estructuras objetivas en las que esos procesos existen. Bourdieu cree que estas teorías se centran en la acción e ignoran la estructura. Él, en cambio, se centra en la relación dialéctica entre las estructuras objetivas y los fenómenos subjetivos:

Por un lado, las estructuras objetivas... forman la base para... las representaciones y constituyen las constricciones estructurales que influyen en las interacciones: pero, por otro lado, estas representaciones deben también tenerse en cuenta particularmente si deseamos explicar las luchas cotidianas, individuales y colectivas, que transforman o preservan estas estructuras. (Bourdieu)

Para evitar el dilema objetivista-subjetivista, Bourdieu se centra en la práctica, considerada por él como el producto de la relación dialéctica entre la acción y la estructura. Las prácticas no están objetivamente determinadas ni son el producto del libre albedrío. (Otra razón por la que Bourdieu se centró en la práctica es que esta preocupación evita el a menudo irrelevante intelectualismo que él relaciona con el objetivismo y el subjetivismo).

Su interés por la dialéctica entre la estructura y el modo en que las personas construyen la realidad social se refleja en la denominación que da Bourdieu a su propia orientación: «estructuralismo constructivista» (o «constructivismo estructuralista»). Suscribe, al menos en parte, una perspectiva estructural, pero una que difiere del estructuralismo de Saussure y Lévi-Strauss (así como del marxismo estructural). Mientras aquéllos se centraron en las estructuras del lenguaje y la cultura, Bourdieu afirma que las estructuras también existen en el mundo social. Cree que las «estructuras objetivas son independientes de la conciencia y la voluntad de los agentes, que son capaces de guiar y constreñir sus prácticas o sus representaciones» (1989: 14). Simultáneamente adopta una posición constructivista que le permite analizar la génesis de los esquemas de percepción, pensamiento y acción, así como de las estructuras sociales.

Aunque Bourdieu se esfuerza por vincular el estructuralismo y el constructivismo, y lo logra en cierta medida, hay en su trabajo un sesgo hacia el estructuralismo. Por esta razón se le ha considerado (junto a Foucault y a otros; véase el Capítulo 9) un posestructuralista. En su obra se percibe más continuidad con el estructuralismo que con el constructivismo. A diferencia del enfoque de muchos otros (por ejemplo, de los fenomenólogos y los interaccionistas simbólicos), el constructivismo de Bourdieu ignora la subjetividad y la intencionalidad. Cree importante incluir dentro de su sociología el modo en que las personas, sobre la base de su posición en el espacio social, perciben y construyen el mundo social. Sin embargo, la percepción y la construcción que tienen lugar en el mundo social es animada y constreñida por las estructuras. Podemos situar su interés primordial en la relación «entre las estructuras sociales y las estructuras mentales» (Bourdieu). Así, las llamadas sociologías creativas no encuentran acomodo en la perspectiva de Bourdieu, a la que definirían simplemente como un estructuralismo algo más adecuado. Pero encontramos un actor dinámico en la teoría de Bourdieu, un actor con la capacidad de «invención inintencionada de la improvisación regulada». El núcleo del trabajo de Bourdieu, y de su esfuerzo por vincular subjetivismo y objetivismo, reside en sus conceptos de *habitus* y *campo*, así como en su interrelación dialéctica. Mientras el *habitus* existe en la mente de los actores, los *campos* existen fuera de sus mentes. Examinemos en detalle estos dos conceptos.

d. *Habitus*

Comenzamos por el concepto por el que Bourdieu es más conocido: el *habitus*. El *habitus* incluye las «estructuras mentales o cognitivas» mediante las cuales las personas manejan el mundo social. Las personas están dotadas de una serie de esquemas internalizados por medio de los que perciben, comprenden, aprecian y evalúan el mundo social. Mediante estos esquemas las personas producen sus prácticas y las perciben y evalúan. Dialécticamente el *habitus* es «el producto de la internalización de las estructuras» del mundo social (Bourdieu). De hecho, podemos concebir el *habitus* como «estructuras sociales "internalizadas" y "encarnadas"» (Bourdieu). Reflejan las divisiones objetivas en la estructura de clases, como los grupos de edad, los géneros y las clases sociales. Un *habitus* se adquiere como resultado de la ocupación duradera de una posición dentro del mundo social. Así, el *habitus* varía en función de la naturaleza de la posición que ocupa la persona en ese mundo; no todo el mundo tiene el mismo *habitus*. Sin embargo, los que ocupan la misma posición dentro del mundo social suelen tener *habitus* similares. El *habitus* permite a las personas dar sentido al mundo social, pero la existencia de una multitud de *habitus* significa que el mundo social y sus estructuras no se imponen de modo uniforme sobre todos los actores.

El *habitus* disponible en cualquier momento fue creado en el transcurso de la historia colectiva: «El *habitus*, producto de la historia, produce prácticas individuales y colectivas y, por tanto, produce la historia de acuerdo con los esquemas que ella misma ha engendrado» (Bourdieu). El *habitus* de todo individuo ha sido adquirido en el transcurso de la historia individual y constituye una función del momento particular de la historia social en el que ocurre.

El *habitus* produce el mundo social y es producido por él. Por un lado, el *habitus* es una «estructura estructuradora», es decir, una estructura que estructura el mundo social. Por otro, es una «estructura estructurada», es decir, una estructura estructurada por el mundo social. Bourdieu lo describe también así: «es la dialéctica de la internalización de la externalidad y de la externalización de la internalidad.

La práctica media entre el *habitus* y el mundo social. De una parte, el *habitus* se crea a través de la práctica; de otra, el mundo social se crea a resultas de la práctica. Bourdieu expresa la función mediadora de la práctica en su definición del *habitus* como «sistema de disposiciones estructuradas y estructuradoras constituido por la práctica y constantemente orientado al cumplimiento de funciones prácticas». La práctica tiende a dar forma al *habitus* y, a su vez, el *habitus* sirve para unificar y generar la práctica.

Aunque el *habitus* constituye una estructura internalizada que constriñe el pensamiento y la elección de la acción, no los determina. Esta ausencia de determinismo es la diferencia más importante que distingue la posición de Bourdieu de la de la mayoría de los estructuralistas. El *habitus* simplemente «sugiere» lo que las personas deben pensar y lo que deben decidir hacer. Las personas se implican en la deliberación consciente de sus opciones, aunque esto refleja el funcionamiento del *habitus*. El *habitus* proporciona los principios por los que las personas deliberan sobre sus opciones y eligen las estrategias que emplearán en el mundo social.

El *habitus* funciona «por debajo del nivel de la conciencia y el lenguaje, y más allá del alcance del escrutinio introspectivo y del control de la voluntad» (Bourdieu). Aunque no somos conscientes del *habitus* y de su funcionamiento, se manifiesta en la mayoría de nuestras actividades prácticas, como en el modo de comer, caminar,

hablar e incluso sonarnos la nariz. Si bien el habitus opera como una estructura, las personas no responden mecánicamente a él o a las estructuras externas que operan sobre ellas. De este modo, con el enfoque de Bourdieu evitamos los extremos de la innovación impredecible y el determinismo absoluto.

e. Campo

Es momento de analizar el «campo», concebido por Bourdieu en términos relacionales más que estructurales. El campo es la red de relaciones entre las posiciones objetivas que hay en él. Estas relaciones existen separadas de la conciencia y la voluntad colectiva. No son interacciones o lazos intersubjetivos entre los individuos. Los ocupantes de las posiciones pueden ser agentes o instituciones, y están constreñidos por la estructura del campo. Hay varios campos en el mundo social (por ejemplo, el artístico, el religioso, el económico); todos tienen su lógica específica y generan entre los actores una creencia sobre las cosas que son importantes en el campo.

Bourdieu contempla el campo como una arena de batalla. La estructura del campo es la que «apuntala y guía las estrategias mediante las que los ocupantes de estas posiciones persiguen individual o colectivamente salvaguardar o mejorar su posición, e imponer el principio de jerarquización más favorable para sus propios productos» (Bourdieu, citado en Wacquant,). El campo es un tipo de mercado competitivo en el que se emplean y despliegan varios tipos de capital (económico, cultural, social, simbólico). Las posiciones de los diversos agentes dentro del campo dependen de la cantidad y peso relativo del capital que poseen. Bourdieu usa incluso imágenes militares para describir el campo al denominarlo «posiciones estratégicas y fortalezas que deben ser defendidas y atacadas en un campo de batalla».

Al subrayar la importancia de ambos conceptos, habitus y campo, Bourdieu rechaza la división entre los individualistas y los holistas metodológicos y adopta una posición que recientemente ha recibido la denominación de «relacionismo metodológico» (Ritzer y Gindoff, en prensa). Es decir, la preocupación central de Bourdieu es la relación entre habitus y campo. Cree que esta relación opera en dos direcciones. Por un lado, el campo condiciona al habitus; por otro, el habitus constituye el campo como algo significativo, con sentido y valor, algo que merece una inversión de energía.

f. Aplicación de la teoría del habitus y el campo.

El objetivo de Bourdieu no sólo es desarrollar un sistema teórico abstracto, sino relacionarlo también con una serie de intereses empíricos, evitando así la trampa del puro intelectualismo. La aplicación de su enfoque teórico viene ilustrada en su estudio empírico *La distinción*, donde examina las preferencias estéticas de diferentes grupos sociales. En su obra, Bourdieu intenta, entre otras cosas, demostrar que la cultura puede ser un objeto legítimo de estudio científico. Se esfuerza por reintegrar el concepto de cultura en el sentido de «alta cultura» (por ejemplo, la preferencia por la música clásica) con el sentido antropológico de cultura, que hace referencia a todas sus formas, altas y bajas. En concreto, Bourdieu vincula en su obra el gusto por objetos refinados con el gusto por los sabores de los alimentos más básicos.

Debido a invariantes estructurales, y en especial al campo y al habitus, las preferencias culturales de los diversos grupos de la sociedad (especialmente las clases y las fracciones de clase) constituyen sistemas coherentes. La preocupación central de Bourdieu en esta obra son las variaciones en el «gusto» estético, la disposición adquirida a diferenciar entre los diversos objetos culturales de disfrute estético y a apreciarlos de modo diferente. El gusto es también una práctica que sirve, entre otras cosas, para dar al individuo, así como a otros, una percepción de su lugar en el orden social. El gusto sirve para unificar a los que tienen preferencias similares y para diferenciarlos de los que tienen gustos diferentes. Es decir, mediante las aplicaciones e implicaciones prácticas del gusto, las personas clasifican los objetos y al tiempo se clasifican ellas mismas. Es posible categorizar a las personas en función de los gustos que manifiestan, por ejemplo, según sus preferencias por los diferentes géneros de música o cine. Es necesario considerar estas prácticas, como todas las demás, dentro del contexto de todas las relaciones mutuas, es decir, dentro de la totalidad. Así, gustos aparentemente aislados por un tipo de arte o cine guardan relación con preferencias entre las comidas, los deportes o los peinados.

Bourdieu identifica en su estudio sobre el gusto dos campos interrelacionados: las relaciones de clase (especialmente dentro de las fracciones de la clase dominante) y las relaciones culturales. Considera estos campos como una serie de posiciones en las que se emprenden una variedad de «juegos». Las acciones que emprenden los agentes

(individuales o colectivos) que ocupan posiciones específicas se rigen por la estructura del campo, la naturaleza de las posiciones y los intereses relacionados con ellas. Sin embargo, el juego también implica el autopoicionamiento y el uso de una amplia gama de estrategias que permiten obtener ventajas. El gusto representa una oportunidad para experimentar y reafirmar la posición de una persona dentro del campo. Pero el campo de la clase social influye profundamente sobre la capacidad de esa persona para jugar ese juego; los que pertenecen a las clases altas tienen más capacidad para lograr que se acepten sus gustos y para oponerse a los gustos de los que pertenecen a las clases bajas. Así, el mundo de la cultura guarda relación con el mundo jerárquico de las clases sociales y es, per se, tanto jerárquico como jerarquizante.

Huelga decir que Bourdieu también vincula el gusto con su concepto central, el habitus. Los gustos dependen mucho más de estas disposiciones profundamente arraigadas y duraderas que de las opiniones y las verbalizaciones superficiales. Las preferencias de las personas por aspectos tan mundanos de la cultura como son la ropa, el mobiliario o los guisos dependen de su habitus. Y son estas disposiciones «las que forjan la unidad inconsciente de una clase» (Bourdieu). Por supuesto, con un enfoque dialéctico, la estructura de la clase da forma al habitus.

Si bien campo y habitus son ambos importantes para Bourdieu, lo que más le interesa es su relación dialéctica; campo y habitus se definen mutuamente:

Las disposiciones que constituyen el habitus cultivado se forman, funcionan y son válidas únicamente dentro de un campo, en la relación con un campo... que es en sí mismo un "campo de fuerzas posibles", una situación "dinámica" en la que las fuerzas se manifiestan sólo en relación con ciertas disposiciones. Esta es la razón que explica por qué prácticas iguales pueden recibir significados y valores opuestos en diferentes campos, en diferentes configuraciones o en sectores opuestos del mismo campo. (Bourdieu)

O, como Bourdieu señaló en términos generales: «Hay una fuerte correlación entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes que las ocupan». Las prácticas en general, y las prácticas culturales en particular, se establecen a partir de la relación entre el habitus y el campo.

Bourdieu considera la cultura como una suerte de economía o mercado. En este mercado las personas utilizan capital cultural más que económico. Este capital es, en su mayor parte, el resultado de la clase social de origen de las personas y de su experiencia educativa. En el mercado, las personas acumulan una determinada cantidad de capital y lo invierten para mejorar su posición o, en caso contrario, la pierden debido al deterioro de su posición dentro de la economía.

Las personas persiguen la distinción en una serie de campos culturales: las bebidas que toman (Perrier o cola), los automóviles que conducen (Mercedes Benz o Ford Escort), los periódicos que leen (el The New York Times o el USA Today), o los lugares que visitan (la Riviera Francesa o Disneylandia). Las relaciones de distinción están inscritas objetivamente en estos productos y se reactivan cada vez que las personas se apropian de ellos. En opinión de Bourdieu: « El campo total de estos campos ofrece posibilidades casi infinitas para perseguir la distinción» (1984: 227). La apropiación de ciertos bienes culturales (por ejemplo, un Mercedes Benz) proporcionan «ventaja», mientras la de otros (un Escort) no proporciona ninguna ventaja o incluso proporciona una «pérdida».

Hay una dialéctica entre la naturaleza de los productos y los gustos culturales. Los cambios en los bienes culturales conducen a alteraciones en los gustos, pero los cambios en los gustos también suelen introducir transformaciones en los productos culturales. La estructura del campo no sólo condiciona el deseo de bienes culturales por parte de los consumidores, sino que también estructura lo que los productores crean para satisfacer esas demandas.

Los cambios de gusto (y Bourdieu considera en términos temporales todos los campos) son resultado de la pugna entre fuerzas opuestas, tanto en el terreno cultural (lo antiguo frente a lo moderno, por ejemplo), como en el de las clases (lo dominante frente a las fracciones dominadas en el seno de la clase dominante). Sin embargo, el núcleo de las luchas reside en el sistema de clases, y la lucha cultural entre, por ejemplo, artistas e intelectuales constituye un reflejo de la lucha interminable entre las diferentes fracciones de la clase dominante por definir la cultura y, de hecho, el mundo social. Son las oposiciones en la lucha de clases las que condicionan las oposiciones en el gusto y el habitus. Aunque Bourdieu atribuye gran importancia a la clase social, rehusa reducirla a cuestiones económicas o a relaciones de producción, y la define también en términos de habitus.

Bourdieu ofrece una teoría distintiva de la relación entre la acción y la estructura dentro del contexto de una preocupación por la relación dialéctica entre habitus y campo. También se distingue por su enfoque sobre la práctica (en el caso anterior, las prácticas estéticas) y su negativa a verse inmerso en un árido intelectualismo. En este sentido representa un regreso a la preocupación marxista por la relación entre teoría y práctica.

g. Jürgen Habermas: la colonización del mundo de la vida

La teoría de Habermas se ha extendido y diversificado a medida que su autor ha abordado e incorporado ideas de una amplia serie de teóricos de la sociología, más reciente y notablemente las de George Herbert Mead, Talcott Parsons, Alfred Schutz y Emile Durkheim. A pesar de las dificultades que supone la categorización de la innovadora perspectiva teórica de Habermas, analizaremos sus ideas más recientes, es decir, la «colonización del mundo de la vida», bajo el encabezamiento de «la cuestión acción-estructura». Al menos en parte, Habermas analiza la acción en sus reflexiones sobre el mundo de la vida. Analiza la estructura principalmente en sus ideas sobre el sistema social que, como veremos, es la fuerza que está colonizando el mundo de la vida. ¿Qué quiere decir Habermas con los fenómenos del mundo de la vida, el sistema y la colonización? En este apartado abordaremos estos fenómenos y su interrelación, así como otras ideas clave de la teoría más reciente de Habermas.

Antes de analizar estos conceptos debe quedar claro que la preocupación principal de Habermas continúa siendo la acción comunicativa. La comunicación libre y abierta sigue constituyendo su guía teórica y su objetivo político. También tiene la función metodológica, muy parecida a los tipos ideales de Weber, de permitirle analizar las variaciones desde el modelo: «La construcción de un discurso no distorsionado e ilimitado puede servir como mucho como una herramienta para evidenciar con más claridad las tendencias de desarrollo bastante ambiguas de la sociedad moderna» (Habermas). En efecto, su interés central por la colonización del mundo de la vida lo constituyen los modos en los que ese proceso influye en contra de la libre comunicación.

También sigue interesándose por el proceso weberiano de racionalización, en este caso por la cuestión de la racionalización diferencial del mundo de la vida y del sistema y por la influencia de esta diferencia en la colonización del primero por parte del segundo. En términos weberianos, el sistema constituye el dominio de la racionalidad formal, mientras el mundo de la vida es el reino de la racionalidad sustantiva. La colonización del mundo de la vida, por tanto, implica una reafirmación de la tesis weberiana de que en el mundo moderno la racionalidad formal triunfa sobre la racionalidad sustantiva y llega a dominar áreas antes definidas formalmente por la racionalidad sustantiva. Así, aunque la teoría de Habermas ha tomado nuevas direcciones interesantes, sigue manteniendo sus raíces teóricas, especialmente en las orientaciones de Weber y Marx.

h. El mundo de la vida

Este concepto se deriva claramente de la sociología fenomenológica, particularmente de las teorías de Alfred Schutz. Pero Habermas también cree que las ideas de George Herbert Mead contribuyen a la comprensión del mundo de la vida. Para Habermas, el mundo de la vida representa una perspectiva interna (mientras que, como veremos, el sistema representa una perspectiva externa): «La sociedad se concibe desde la perspectiva del sujeto en acción».

Habermas contempla el mundo de la vida y la acción comunicativa como conceptos «complementarios». En concreto, la acción comunicativa puede considerarse como algo que ocurre dentro del mundo de la vida:

Por decirlo así, el mundo de la vida es el lugar trascendental donde se encuentran el hablante y el oyente, donde de modo recíproco reclaman que sus suposiciones encajen en el mundo... y donde pueden criticar o confirmar la validez de las pretensiones, poner en orden sus discrepancias y llegar a acuerdos. (Habermas)

El mundo de la vida constituye un «trasfondo moldeador y contextual de los procesos por los que se alcanza la comprensión» mediante la acción comunicativa (Habermas). Implica una amplia serie de suposiciones no expresadas sobre la comprensión mutua que ha de existir y de suposiciones que deben ser mutuamente comprendidas para que la comunicación tenga lugar.

Habermas se preocupa por la racionalización del mundo de la vida porque implica una comunicación cada vez más racional en el mundo de la vida. Cree que cuanto más racional es el mundo de la vida, más probable es que la interacción esté controlada por una «comprensión mutua motivada racionalmente». Esta comprensión el método racional para alcanzar consenso se basa en última instancia en la autoridad del mejor argumento.

Habermas cree que la racionalización del mundo de la vida implica la diferenciación progresiva de sus diversos elementos. El mundo de la vida se compone de la cultura, la sociedad y la personalidad (apréciese la influencia de Parsons y sus sistemas de acción). Cada uno de estos elementos hace referencia a pautas interpretativas o suposiciones básicas sobre la cultura y su influencia sobre la acción, a pautas apropiadas de relaciones sociales (la sociedad) y al modo

de ser de las personas (la personalidad) y de comportarse. Comprometerse en la acción comunicativa y lograr la comprensión en cada uno de estos elementos conduce a la reproducción del mundo de la vida mediante el refuerzo de la cultura, la integración de la sociedad y la formación de la personalidad. Si bien estos componentes están inextricablemente ligados en las sociedades arcaicas, la racionalización del mundo de la vida implica la «creciente diferenciación entre la cultura, la sociedad y la personalidad» (Habermas).

i. Sistema

Mientras el mundo de la vida representa el punto de vista de los sujetos que actúan sobre la sociedad, el sistema implica una perspectiva externa que contempla la sociedad «desde la perspectiva del observador, de alguien no implicado» (Habermas). En el análisis de los sistemas es preciso tomar en cuenta la interconexión de las acciones, así como su significado funcional y su contribución al mantenimiento del sistema. Cada uno de los principales componentes del mundo de la vida (la cultura, la sociedad y la personalidad) tienen sus elementos correspondientes en el sistema. La reproducción cultural, la integración social y la formación de la personalidad tienen lugar en el nivel del sistema.

El sistema tiene sus raíces en el mundo de la vida, pero, en última instancia, desarrolla sus propias características estructurales. Entre estas estructuras figuran la familia, la judicatura, el estado y la economía. A medida que estas estructuras evolucionan se distancian cada vez más del mundo de la vida. Al igual que ocurre en el mundo de la vida, la racionalización en el nivel del sistema implica una diferenciación progresiva y una mayor complejidad. Aumenta también la autosuficiencia de estas estructuras. Cuanto más poder tienen, más y más capacidad de gobierno ejerce sobre el mundo de la vida. Tienen cada vez menos relación con el proceso del logro del consenso y, de hecho, limitan la probabilidad de ese proceso en el mundo de la vida. En otras palabras, estas estructuras racionales, en lugar de aumentar la capacidad de comunicación y lograr la comprensión, amenazan esos procesos al ejercer control externo sobre ellos.

j. Integración social e integración del sistema.

Tras analizar el mundo de la vida y el sistema, Habermas concluye: «El problema fundamental de la teoría social es el modo de conectar satisfactoriamente las dos estrategias conceptuales que entrañan las ideas de "sistema" y "mundo de la vida". Habermas denomina esas dos estrategias conceptuales «la integración social» y la «integración del sistema».

La perspectiva de la integración social se centra en el mundo de la vida y los modos en los que el sistema de la acción se integra por medio de un consenso garantizado normativamente o alcanzado mediante la comunicación. Los teóricos convencidos de que la sociedad se integra mediante la integración social parten de la acción comunicativa y consideran la sociedad como el mundo de la vida. Adoptan la perspectiva interna de los miembros del grupo y emplean un enfoque hermenéutico para poder relacionar su comprensión con la de los miembros del mundo de la vida. La reproducción constante de la sociedad se considera, pues, como un resultado de las acciones realizadas por los miembros del mundo de la vida para mantener sus estructuras simbólicas. Se contempla esta reproducción únicamente desde su perspectiva. Por tanto, lo que se ignora en este enfoque hermenéutico es el punto de vista del que está fuera, así como una percepción de los procesos reproductores que tienen lugar en el nivel del sistema.

La perspectiva de la integración del sistema hace referencia al sistema y al modo en que se integra mediante el ejercicio de control externo sobre las decisiones individuales no coordinadas subjetivamente. Los que adoptan esta perspectiva contemplan la sociedad como un sistema autorregulador. Adoptan la perspectiva externa del observador, y esto les impide captar las pautas estructurales que sólo pueden comprenderse hermenéuticamente desde la perspectiva interna de los miembros del mundo de la vida.

De este modo, Habermas concluye que aunque ambas perspectivas tienen algo que ofrecer, ambas tienen serias limitaciones. Sobre la base de su crítica a la integración social y sistémica, Habermas ofrece su alternativa, cuyo objetivo es integrar estas dos orientaciones teóricas y que considera:

La sociedad como un sistema que tiene que cumplir condiciones para el mantenimiento de los mundos de la vida socioculturales. Las sociedades-fórmula son complejos sistemáticamente estabilizados de acción de grupos socialmente integrados... Defiendo la propuesta heurística de que consideremos la sociedad como una entidad que, en el transcurso de la evolución social, se va diferenciando como sistema y como mundo de la vida. (Habermas)

Tras su declaración de interés tanto por el sistema como por el mundo de la vida, Habermas aclara tras las palabras citadas arriba que también le preocupa la evolución de ambos. Mientras ambos evolucionan hacia una mayor racionalización, esta racionalización adopta diferentes formas en el mundo de la vida y en el sistema, y tal diferencia constituye el fundamento de la colonización del mundo de la vida.

k. Colonización

Para comprender la idea de la colonización es crucial tener en cuenta el hecho de que Habermas considera la sociedad como una entidad compuesta de ambos elementos: el mundo de la vida y el sistema. Si bien en las sociedades arcaicas ambos estaban estrechamente entrelazados, en la actualidad se aprecia una divergencia cada vez mayor entre ellos; se han «desacoplado». Aunque ambos han emprendido un proceso de racionalización, ese proceso ha adoptado diferentes formas en los dos reinos. Habermas aprecia una relación dialéctica entre el sistema y el mundo de la vida (ambos se limitan y se abren nuevas posibilidades mutuamente), pero su preocupación central es el modo en que en el mundo moderno el sistema controla el mundo de la vida. En otras palabras, su interés central es la ruptura de la dialéctica entre el sistema y el mundo de la vida y el creciente poder del primero sobre el segundo.

Habermas compara la racionalización creciente del sistema y del mundo de la vida. La racionalización del mundo de la vida implica un aumento de la racionalidad de la acción comunicativa. Además, la acción orientada hacia la comprensión mutua se libera cada vez más de la restricción normativa y se basa cada vez más en el lenguaje cotidiano. En otras palabras, la integración social se hace cada vez más posible mediante los procesos de la formación del consenso en el lenguaje.

Pero el resultado de esto es el hecho de que las demandas en el lenguaje crecen y llegan a agotar su capacidad. Los medios no lingüísticos (especialmente el dinero y el poder) -que emanan del sistema y se diferencian en él- llenan el vacío y reemplazan, al menos en cierta medida, el lenguaje cotidiano. En lugar de ser el lenguaje el que coordina la acción, el sistema, cada vez más complejo, «libera imperativos sistémicos que agotan la capacidad del mundo de la vida que instrumentalizan» (Habermas). Así, Habermas escribe sobre la «violencia» que ejerce el sistema sobre el mundo de la vida mediante los modos en los que restringe la comunicación. Esta violencia, a su vez, produce «patologías» en el mundo de la vida. Habermas enmarca este desarrollo dentro de su visión de la historia del mundo:

El enorme desacoplamiento del sistema y el mundo de la vida constituía una condición necesaria para la transición de las sociedades estratificadas en clases del feudalismo europeo a las sociedades de clases económicas de los inicios del periodo moderno; pero la pauta capitalista de la modernización está marcada por una deformación, una reificación de las estructuras simbólicas del mundo de la vida bajo los imperativos de los subsistemas que se diferencian a partir del dinero y el poder y que se convierten en auto suficientes. (Habermas)

Merece la pena señalar que al vincular la deformación al capitalismo Habermas opera todavía, al menos en este sentido, dentro de una orientación neomarxista. Sin embargo, cuando analiza el mundo moderno, Habermas se ve en la obligación de abandonar el enfoque marxista, ya que concluye que la deformación del mundo de la vida «ya no puede identificarse en términos específicos de clase». Debido a esta limitación, y en consonancia con sus raíces en la teoría crítica, Habermas demuestra la profunda influencia de la teoría de Weber en su teoría. De hecho, señala que la distinción entre el mundo de la vida y el sistema, y la colonización última del mundo de la vida, nos permite enfocar con una luz distinta la tesis weberiana «de una modernidad en desacuerdo con ella misma» (Habermas). En la teoría de Weber esta idea reside en el conflicto entre la racionalidad formal y la sustantiva y en el triunfo de la primera sobre la segunda en el mundo occidental. Para Habermas, la racionalización del sistema se impone sobre la racionalización del mundo de la vida, y el resultado de esta imposición es la colonización del mundo de la vida por parte del sistema. Habermas concreta sus reflexiones sobre la colonización cuando señala que las principales fuerzas en el proceso son «dominios formalmente organizados de acción» en el nivel del sistema, tales como la economía y el estado. En términos marxistas tradicionales, Habermas cree que la sociedad está sujeta a crisis sistémicas recurrentes. En su análisis de estas crisis, instituciones como el estado y la economía emprenden acciones contra el mundo de la vida y producen en él patologías y crisis. En lo fundamental, estos sistemas despojan al mundo de la vida y la acción comunicativa se orienta cada vez menos hacia el logro del consenso. La comunicación se hace menos flexible, se empobrece y se fragmenta cada vez más, y el mundo de la vida aparece como un mundo envenenado al borde de la disolución. Este ataque contra el mundo de la vida inquieta enormemente a Habermas debido a su preocupación central por la acción comunicativa que tiene lugar en él. No obstante, por mucho que aumente la colonización del mundo de la vida por parte del sistema, el

mundo de la vida «nunca será totalmente despojado» (Habermas). Si el problema fundamental del mundo moderno es el desacoplamiento del sistema y el mundo de la vida y la dominación del sistema sobre el mundo de la vida, las soluciones son evidentes. Por un lado, el mundo de la vida y el sistema requieren un restablecimiento de manera que en lugar de tener un mundo de la vida deformado por el sistema, se conviertan ambos en mutuamente enriquecedores. Aunque ambos estuvieron ligados en la sociedad primitiva, el proceso de racionalización que se ha producido en los dos hace posible que el futuro reacoplamiento de lugar a un tipo de sistema, de mundo de la vida y de su interrelación sin precedentes en la historia humana.

Así, de nuevo, Habermas retorna a sus raíces marxistas. Sin lugar a dudas, Marx no volvió la vista atrás en la historia para buscar el estado ideal, pero sí miraba hacia el futuro y lo vislumbraba bajo la forma de comunismo y de florecimiento pleno del ser genérico. En su búsqueda del estado ideal Habermas tampoco se remontó a las sociedades arcaicas, donde el sistema y el mundo de la vida no racionalizados se encontraban más unidos, sino que entrevé un estado futuro que implique una unificación mucho más satisfactoria de un sistema y un mundo de la vida racionalizados.

Habermas también reinterpreta la teoría marxista de las luchas básicas en el seno de la sociedad. Por supuesto, Marx acentuó el conflicto entre el proletariado y los capitalistas, así como la naturaleza explotadora del sistema capitalista. Habermas se centra no sólo en la explotación sino también en la colonización, y arroja una nueva luz sobre las luchas que se han venido produciendo durante las últimas décadas. Es decir, considera los movimientos sociales orientados, por ejemplo, en pro de una mayor igualdad, una mayor autorrealización, de la preservación del medio ambiente y la paz como «reacciones a los ataques del sistema contra el mundo de la vida. A pesar de la diversidad de intereses y de proyectos políticos de estos grupos heterogéneos, se han opuesto a la colonización del mundo de la vida» (Seidman). El futuro se encuentra en la oposición a la invasión del mundo de la vida y en la creación de un mundo en el que el sistema y el mundo de la vida estén en armonía y se enriquezcan mutuamente en un grado histórico sin precedentes.

2. Principales Diferencias en la Literatura sobre la Acción-Estructura

Al igual que en la literatura estadounidense sobre la integración micro-macro, hay importantes diferencias en la literatura europea sobre la cuestión acción estructura. Por ejemplo, hay un desacuerdo considerable acerca de la naturaleza del agente. La mayoría de los que trabajan esta cuestión suelen considerar al agente como un actor individual (por ejemplo, Giddens, Bourdieu), pero en la «sociología de la acción» de Touraine los agentes son colectividades tales como las clases sociales. De hecho, Touraine define la acción como «una organización que ejecuta directamente uno o más elementos del sistema de acción histórica y que, por tanto, interviene directamente en las relaciones de dominación social» (1971: 459). Burns y Flam (véase también Crozier y Friedberg, 1980) adoptan una tercera postura intermedia sobre esta cuestión, consistente en considerar agentes tanto a los individuos como a las colectividades. Esta ausencia de acuerdo sobre la naturaleza del agente constituye una fuente de notables diferencias en la literatura sobre la cuestión acción-estructura.

Incluso existen discrepancias considerables entre los que se centran en el actor individual como agente. Por ejemplo, el agente de Bourdieu, dominado por el habitus, parece mucho más mecánico que el de Giddens (o el de Habermas). El habitus de Bourdieu implica «sistemas de disposiciones duraderas trasponibles, estructuras estructuradoras, es decir, principios de generación y estructuración de las prácticas y las representaciones». El habitus es una fuente de estrategias «sin ser el producto de una auténtica intención estratégica» (Bourdieu). No es subjetivista ni objetivista, pero combina elementos de ambos. Es evidente que su concepción rechaza la idea de un actor con «poder libre y voluntario para constituir» (Bourdieu). Los agentes de Giddens pueden no disponer de intencionalidad ni de libre albedrío, pero tienen más poder que los de Bourdieu. Los agentes de Bourdieu parecen estar dominados por el habitus, por estructuras internas («estructuradoras»), mientras los de Giddens son los perpetradores de la acción. Tienen, al menos, cierta capacidad de elección, al menos la posibilidad de actuar de otro modo del que lo hacen. Tienen poder e introducen cambios en sus mundos (véase también Lukes). Y lo que es más importante, constituyen (y son constituidos por) las estructuras. A diferencia de lo que refleja la obra de Giddens, en la obra de Bourdieu identificamos un habitus que en ocasiones parece aparentemente desencarnado y que está implicado con el mundo externo.

Asimismo, hay discrepancias importantes entre los teóricos de la cuestión acción-estructura en torno al significado de la estructura. Algunos adoptan una estructura específica como central, como la organización en la obra de Crozier y Friedberg, y las relaciones de dominación social de Touraine identificadas en las instituciones y organizaciones

políticas; otros (por ejemplo, Burns) se centran en conjuntos de estructuras sociales tales como la burocracia, la política, la economía y la religión. Giddens ofrece una definición muy particular de estructura («conjuntos recursivamente organizados de normas y recursos» que se opone a casi todas las definiciones de estructura que aparecen en la literatura. Sin embargo, su definición de los sistemas como prácticas sociales reproducidas se aproxima a lo que muchos sociólogos quieren decir con estructura. Además de las diferencias entre los que trabajan sobre la estructura, existen discrepancias entre estos y otros teóricos. Archer, como hemos visto, critica duramente a Giddens (e implícitamente a todos los demás) por centrarse en la estructura e ignorar la cultura.

Los trabajos que abordan la cuestión del vínculo acción-estructura se orientan en varias direcciones teóricas muy diferentes. Por ejemplo, en el ámbito de la teoría social, Giddens parece impulsado por el funcionalismo y el estructuralismo frente a la fenomenología, el existencialismo y la etnometodología, y más en general, se inspira en la nueva lingüística, el nuevo estructuralismo, la semiótica y la hermenéutica (Archer), mientras Archer recibe principalmente la influencia de la teoría de sistemas, especialmente la de Walter Buckley. A resultas de ello, los agentes de Giddens suelen ser personas creativas y activas (seres «corporales» con selfs) implicados en un flujo continuo de conducta, mientras los de Archer suelen estar reducidos a los sistemas, en particular al sistema sociocultural. En Francia, Crozier desarrolla su orientación principalmente sobre la base de la teoría de juegos y de la organización, mientras Bourdieu se esfuerza por encontrar una alternativa satisfactoria al subjetivismo y el objetivismo en la teoría antropológica. Habermas se afana por sintetizar ideas derivadas de Marx, Weber, los teóricos críticos, Durkheim, Mead, Schutz y Parsons. Entre las razones que explican las diferencias sustanciales en la literatura de la acción-estructura hay que señalar las diferencias fundamentales en las raíces teóricas.

Al igual que en la literatura estadounidense existe una tendencia hacia lo micro o lo macro, en la europea se da también una propensión hacia la acción o la estructura. Bourdieu trabaja claramente orientado hacia la estructura, mientras Giddens tiene una concepción de la acción más profunda que la de la mayoría de los demás teóricos de este género (Layder). A pesar de la existencia de tendencias hacia la acción o la estructura, lo que distingue a la literatura europea sobre la acción y la estructura de la estadounidense sobre el problema micro-macro, es una percepción mayor de la necesidad de negarse a separar ambas y de analizarlas dialécticamente (por ejemplo, Giddens, Bourdieu, Habermas). El esfuerzo de Ritzer por analizar dialécticamente la integración de los continua micro-macro y subjetivismo-objetivismo corre paralelo a los esfuerzos europeos por analizar dialécticamente la acción y la estructura.

3. Relación entre Acción-Estructura y Micro-Macro

a. Semejanzas básicas

La semejanza más general entre la literatura estadounidense y la europea reside en una percepción común de la necesidad de la integración y la síntesis. Además de esta semejanza general, se identifica en ambas literaturas una tendencia a la aversión por los excesos de las teorías dominantes existentes. Tanto los americanos como los europeos han atacado el determinismo macro del funcionalismo estructural. Se aprecia también una aversión semejante por los excesos del estructuralismo, aunque este sentimiento es más profundo en Europa, donde el estructuralismo influyó más que en los Estados Unidos. Los europeos consideran que el funcionalismo estructural y el estructuralismo acentúan la estructura y atribuyen escasa o ninguna importancia a la acción. Los estadounidenses creen que acentúan el nivel macro y apenas se preocupan de los fenómenos en el nivel micro.

De modo similar, los teóricos de ambos lados del océano han advertido los excesos de las teorías micro/acción tales como el interaccionismo simbólico, la etnometodología, el existencialismo y la fenomenología. Todos perciben que estas teorías tienen poco que decir sobre el nivel macro/estructural y asignan al actor un voluntarismo excesivo. Por ejemplo, Giddens señala: «El interaccionismo simbólico considera la vida social como una realización activa de actores intencionales y cognoscibles... y el resultado consecuente de esta tradición es... que no ha desarrollado satisfactoriamente modos de análisis institucional». Algo parecido cree Alexander al afirmar que conceder más importancia al nivel micro constituye «un error teórico».

b. Diferencias fundamentales

Hemos analizado ya las diferencias terminológicas más fundamentales entre la literatura estadounidense micro-macro y la europea sobre la acción y la estructura. Sin embargo, estas diferencias no son las únicas.

En este apartado nos interesa especialmente el ataque de Giddens contra el dualismo micro-macro. Este autor parece oponerse a la contraposición micro y macro, a fomentar «la distinción micro/macro». Se opone a la «guerra falsa» entre la microsociología y la macrosociología, así como a la «desgraciada división del trabajo [que] tiende a aparecer entre ellas» (Giddens). En concreto, Giddens critica a Collins por su excesivo acento sobre el nivel micro y por la correspondiente debilidad de su enfoque en el nivel macro (una idea compartida por algunos teóricos estadounidenses. Sin embargo, la oposición de Giddens hace referencia al dualismo micro-macro; al parecer se opone menos a los que analizan la relación micro-macro como una dualidad.

Una de las diferencias fundamentales entre los teóricos estadounidenses y los europeos reside en sus imágenes del actor. Lo que distingue a la teoría estadounidense es una mayor influencia del conductismo, así como de la teoría del intercambio, derivada en parte de una perspectiva conductista. La fuerza de estas perspectivas ha influido incluso en los teóricos que no las aceptan o apoyan, y ha dado lugar a una actitud más ambivalente hacia el actor. En ocasiones el actor se contempla en tanto implicado activamente en la creación del mundo social, pero también hay un reconocimiento de que, en otras ocasiones, los actores se comportan de manera inconsciente de acuerdo con sus historias de recompensas y costes. Así, los teóricos estadounidenses comparten el interés de (algunos) europeos por la acción creativa y consciente, pero reconociendo la importancia de la conducta inconsciente. En suma, la conducta (opuesta a la acción) ha desempeñado un papel en la teoría social estadounidense más importante que en la teoría europea. Esta tendencia a considerar al actor como alguien que se conduce inconscientemente se ha reforzado en la actualidad debido al aumento del interés por la teoría de la elección racional en la sociología estadounidense. De esta teoría se desprende la idea del actor como alguien que elige más o menos automáticamente los medios más eficaces para alcanzar sus fines. La influencia de la teoría de la elección racional en los Estados Unidos apunta hacia una división aun más profunda entre las concepciones europea y estadounidense de la acción y la estructura.

En el nivel macro/estructura, los europeos han tendido a centrarse en la estructura social. En los casos donde no se ha producido un enfoque exclusivo sobre ella, no se ha distinguido de modo satisfactorio la estructura social de la cultura. (En efecto, ésta constituye la preocupación central del último libro de Archer [1988].) Por otro lado, se aprecia en los Estados Unidos una tendencia hacia el análisis de la estructura y la cultura en los esfuerzos que persiguen la integración micro-macro. Por ejemplo, en mi obra, distingo la objetividad macro (principalmente la estructura social) y la subjetividad macro (principalmente la cultura) y mi deseo es analizar su interrelación dialéctica con la objetividad micro y la subjetividad micro (Ritzer).

Otra diferencia en la cuestión macro/estructura se deriva de las diferencias en las influencias teóricas en los Estados Unidos y Europa. En los Estados Unidos, la influencia principal sobre la reflexión en torno a la cuestión macro/estructura ha sido el funcionalismo estructural. La naturaleza de esta teoría ha conducido a los teóricos estadounidenses a centrarse tanto en las grandes estructuras sociales como en la cultura. Es claro que al funcionalismo estructural le interesan las estructuras sociales, pero concede prioridad, en última instancia, al sistema cultural. En Europa, la principal influencia ha sido el estructuralismo, que tiene una concepción más amplia y diversa de las estructuras que incluyen desde las microestructuras de la mente a las macroestructuras de la sociedad. La cultura tiene mucha menor importancia para los estructuralistas que para los funcionalistas estructurales.

Si por un momento ignoramos la profunda influencia del conductismo, de la teoría del intercambio y la de la teoría de la elección racional en los Estados Unidos, las diferencias teóricas en la cuestión micro/acción parecen tener menores consecuencias que las diferencias en el nivel macro/estructural. El existencialismo y la fenomenología (así como la teoría freudiana) han influido más en Europa, mientras en los Estados Unidos las influencias clave se han derivado del interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio. Sin embargo, las diferencias en la influencia de estas teorías sobre la reflexión acerca de la cuestión micro/acción en los Estados Unidos y en Europa parecen insignificantes. Además, a ambos lados del Atlántico las teorías micro/acción parecen más leídas y utilizadas que las teorías macro/estructurales. Por ejemplo, la etnometodología parece haber influido con prácticamente la misma fuerza a ambos lados del Océano.

Otra diferencia clave entre las dos literaturas es el hecho de que la cuestión micro-macro puede incluirse en la cuestión más general de los niveles de análisis mientras no ocurre así con la preocupación por la acción y la estructura.

Claramente podemos concebir el vínculo micro-macro en términos de cierta especie de jerarquía vertical, con los fenómenos micro abajo y los fenómenos macro arriba, y las entidades intermedias entre los dos polos. Sin embargo, el continuum micro-macro no coincide con los niveles de análisis, puesto que otros factores, y no sólo las preocupaciones micro-macro, están implicados en la cuestión de los niveles. Por otra parte, el vínculo acción-estructura parece carecer de conexión clara con la cuestión de los niveles de análisis, puesto que tanto la acción como la estructura se pueden encontrar en cualquier nivel de análisis social.

La cuestión acción-estructura está más firmemente encuadrada en un contexto histórico y dinámico que la cuestión micro-macro. Esta característica se identifica con suma claridad en la obra de Giddens, Habermas y Archer, pero se manifiesta también en la literatura sobre la acción y la estructura. En cambio, los teóricos que analizan la cuestión micro-macro suelen describirla en términos estáticos, jerárquicos y ahistóricos. No obstante, al menos algunos de los que eligen describir en términos estáticos la relación micro-macro especifican que ellos comprenden el carácter dinámico de la relación: «El estudio de los niveles de la realidad social y su interrelación es intrínsecamente un enfoque sobre el mundo social dinámico más que sobre el estático... La orientación histórica y dinámica hacia el estudio de los niveles del mundo social puede considerarse como parte integrante de un enfoque dialéctico más general» (Ritzer y Wiley).

Finalmente, es preciso mencionar que la moralidad constituye una cuestión central para los teóricos de la acción-estructura, pero es ignorada en la literatura micro-macro. Esto puede deberse, en parte, a las diferencias en las raíces teóricas y los grupos de referencia. La teoría acción-estructura tiene raíces más poderosas en la filosofía, incluyendo su gran preocupación por las cuestiones morales. En cambio, la teoría micro-macro es auténticamente sociológica y se orienta hacia las ciencias duras como áreas de referencia donde las cuestiones morales preocupan menos que en la filosofía. El resultado es que las preocupaciones morales, incluso la transgresión moral, se palpa más en la literatura acción estructura que en la micro-macro.

4. Clarificación de las Diferencias entre EEUU y Europa

La preocupación estadounidense por la cuestión micro-macro, o al menos la utilización de esta terminología para describir ese interés, es un acontecimiento reciente. Como vimos anteriormente se habían realizado esfuerzos anteriores, en 1976 Kemeny apenas detectó un interés explícito por la cuestión micro-macro. ¿De dónde procede la terminología micro-macro? Desde el punto de vista interno, puede deberse a la conocida y duradera división teórica en los Estados Unidos entre las teorías macro (por ejemplo, el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto) y las micro (por ejemplo, el interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio). Entre los factores externos, su atractivo guarda relación con la utilización de la terminología micro y macro en las ciencias duras y en la economía. La economía tiende a ser un modelo para la sociología y su diferenciación entre microeconomía y macroeconomía atrajo a muchos sociólogos. Los éxitos en estos campos hicieron atractiva su orientación científica y su terminología para muchos sociólogos estadounidenses, que sintieron el deseo de emular a los economistas en todo lo posible.

En cambio, la sociología europea no ha experimentado la fuerte y larga tradición de las teorías micro y macro que ha existido en los Estados Unidos. Europa ha carecido especialmente de una fuerte tradición micro-teórica, y esto ha tendido a oscurecer el significado de la dicotomía micro-macro. Además, los teóricos sociales europeos han sentido una pasión menor por las ciencias duras y la economía que los teóricos estadounidenses, y por tanto, se han inclinado menos a tomarlas como modelos.

Los teóricos europeos tienden a interesarse más por la filosofía que los estadounidenses, y en Europa existe una larga tradición de interés por la filosofía a la hora de analizar la acción humana. Los teóricos europeos han construido a partir de la filosofía de la acción y han añadido una dimensión estructural a su construcción. Bernstein identifica la preocupación por la acción (un término que usa de modo intercambiable para praxis y capacidad de acción [por ejemplo, «agentes o actores humanos»]) en los antiguos griegos en general, y en particular en la filosofía de Aristóteles. E identifica cuatro corrientes de pensamiento más contemporáneas donde la acción aparece como la preocupación central. La primera es Marx (y el marxismo), con su teoría sistemática de la praxis. La segunda es la filosofía analítica, en la que la acción se ha convertido recientemente en la cuestión central. Al vincular el interés marxista por la práctica y el interés de la filosofía analítica por la acción, Bernstein afirma que «los significados de "praxis" y acción se aproximan bastante» y, presumiblemente, los dos están estrechamente vinculados a la agencia. La tercera corriente teórica es el pragmatismo: «La imagen del hombre que emerge del punto de vista del pragmatismo es la de un hombre artesano, un

manipulador activo que desarrolla nuevas hipótesis, que las verifica activamente, siempre abierto a las críticas, que se reconstruye a sí mismo o reconstruye el entorno. La práctica y la actividad informadas por la razón y la inteligencia se convierten en cuestiones centrales en su visión del hombre en el universo» (Bernstein). Y finalmente está la fenomenología, en especial el existencialismo original europeo, en el que «la cuestión central es la naturaleza de la acción humana» (Bernstein). Bernstein concluye: «La investigación de la naturaleza, el estatus y el significado de la praxis y la acción se ha convertido en la preocupación dominante de los movimientos filosóficos más influyentes que han surgido desde Hegel».

Es evidente que los teóricos sociales europeos han recibido una influencia mayor del marxismo, la filosofía analítica y el existencialismo que los estadounidenses. La única excepción es el pragmatismo, una filosofía en lo fundamental estadounidense que ha influido sobre algunos teóricos sociales (especialmente sobre los interaccionistas simbólicos). Sin embargo, probablemente la mayoría de los teóricos estadounidenses reconocen menos la influencia del pragmatismo que sus colegas europeos. Así, las filosofías de la acción han jugado un papel claramente más importante en el desarrollo de la teoría social europea que en el de la estadounidense.

Sin embargo, la equivalencia que establece Bernstein entre la praxis y la acción nos plantea problemas. Si aceptamos la equivalencia de estos términos, entonces apenas aparecerían diferencias entre los teóricos europeos contemporáneos de la acción y la estructura, las teorías marxistas de la praxis y la estructura de la sociedad capitalista, y las teorías estadounidenses de la acción y la estructura (por ejemplo, las de Parsons y Alexander). Parece claro, sin embargo, que los europeos contemporáneos atribuyen más importancia a los agentes de la que dan a los actores algunos marxistas y la mayoría de los estadounidenses. La tendencia en la literatura de la acción entre los teóricos europeos contemporáneos es negarse a reflexionar sobre la estructura sin pensar en la acción y viceversa. En otras palabras, un mundo sin agentes es inconcebible. En cambio, algunos marxistas (especialmente los marxistas estructurales) han sido capaces de concebir un mundo capitalista sin actores reflexivos. Algunos «teóricos de la acción» estadounidenses (especialmente Parsons) desarrollaron teorías en las que la estructura social y la cultura alcanzaban tal prominencia que, en comparación, el actor y la acción quedaban reducidos a elementos de escasa importancia. Así, la cuestión no se agota en las semejanzas entre los términos de agencia, praxis y acción. Lo que distingue la literatura actual de los teóricos europeos es su aversión a situar al agente bajo el peso de la estructura social (y la cultura).

Esto nos lleva a pensar que la verdadera cuestión no es la acción y la estructura per se, sino el peso relativo de la acción y la estructura. Los teóricos europeos contemporáneos sienten predisposición a establecer una burda equivalencia, en fuerza y significado, de la acción y de la estructura, o no desean desvincularlas. Muchos marxistas y teóricos estadounidenses de la corriente principal han tendido a dar primacía a la estructura frente a la acción y la praxis. Otros teóricos estadounidenses (y algunos marxistas) han tendido a dar primacía a la acción frente a la estructura. En este sentido, virtualmente todos los teóricos parecen sentir preocupación por el vínculo acción-estructura. Esta es la posición que parece haber adoptado Dawe (1978), quien hace una distinción entre la sociología de la acción social y la sociología del sistema social, pero considera que ambas son sociologías de la acción social (y presumiblemente de la estructura social). Sin embargo, su posición supone perder de vista el significado de la literatura europea contemporánea sobre la acción y la estructura. Lo que distingue a la mayor parte de esta literatura es su dedicación al estudio serio tanto de la acción como de la estructura. En comparación con la filosofía de la acción -que tiene poco que ofrecer para nuestra comprensión de la estructura social- este estudio constituye también una de las principales contribuciones a la teoría social.

Aunque nos agradan las ideas teóricas que se están desarrollando actualmente en Europa, nunca podremos asumir que acción y estructura tienen una importancia similar. El grado de equivalencia constituye una cuestión histórica. Durante algunos periodos la estructura era más importante que la acción. (Esta era la perspectiva de Marx sobre la situación en la sociedad capitalista.) Durante otros periodos el agente desempeñaba un papel más importante y el significado de la estructura quedaba reducido. Y en otros periodos, es probable que se diera una equivalencia neta entre las dos. No se puede establecer una relación intemporal entre acción y estructura. Una de las necesidades más acuciantes de la literatura acción-estructura es comenzar a especificar el peso relativo de la acción y la estructura en periodos diferentes de la historia. Además, existen claras diferencias contemporáneas en el peso relativo de la acción y la estructura en las diversas sociedades del mundo. Todas estas diferencias cruciales se desvanecen si hablamos en términos generales sobre la acción y la estructura.

Este capítulo analiza la literatura sobre el vínculo entre la acción y la estructura, que es en su mayor parte europea. Esta literatura presenta varias semejanzas con la estadounidense sobre la integración micro-macro, pero también se pueden identificar varias diferencias sustanciales entre ambas literaturas.

Aunque en la actualidad hay muchos teóricos europeos que analizan la relación entre la acción y la estructura, el grueso de este capítulo lo dedicamos a cuatro ejemplos principales de este tipo de teorización. El primero es la teoría de la estructuración de Giddens. El núcleo de la teoría de Giddens es su negativa a analizar a los agentes y a las estructuras por separado; este autor las considera mutuamente constituyentes. El siguiente es la teoría de Archer de la relación cultura-acción. Archer critica la negativa de Giddens a separar con fines analíticos el agente y la estructura. En términos generales critica a los teóricos de la acción-estructura por ignorar la cultura, y se esfuerza por superarlos centrándose en la relación entre la cultura y la acción. A continuación estudiamos la teoría de Bourdieu, que se ocupa fundamentalmente de la relación entre el habitus y el campo. Finalmente analizamos las ideas recientes de Habermas sobre el mundo de la vida, el sistema y la colonización del mundo de la vida por parte del sistema.

Tras el examen de estos trabajos específicos sobre la acción y la estructura, volvemos a un análisis más general de esta literatura. Comenzamos por identificar sus diferencias principales, que incluyen perspectivas diferentes sobre la naturaleza del agente y de la estructura. Otra fuente de diferencias la constituyen las diversas tradiciones teóricas en las que se basan estos esfuerzos. Algunos de ellos se orientan hacia la acción y otros hacia la estructura.

La siguiente cuestión que tratamos son las semejanzas entre las literaturas de la acción y la estructura y de la cuestión micro-macro. Ambas literaturas comparten el interés por la integración y son conscientes de los excesos de las teorías micro/acción y macro/estructurales. Hay así muchas más diferencias que semejanzas entre estas literaturas. Difieren en sus imágenes del actor, en sus concepciones de la estructura, en las teorías de las que derivan sus ideas, en el grado en que pueden incluirse en la idea de los niveles de análisis, en la medida en que están encuadradas en un contexto histórico dinámico y en el nivel de preocupación por cuestiones morales.

Finalmente, analizamos algunas de las razones que explican las diferencias entre las literaturas europeas y estadounidense. Los teóricos estadounidenses micro-macro han estado profundamente influidos por disciplinas tales como la economía, con una prolongada historia de interés por las cuestiones micro-macro. Los teóricos europeos han recibido la influencia poderosa de la literatura filosófica sobre la acción. El capítulo concluye con la observación de que la cuestión más importante es el peso relativo de la acción y la estructura en diferentes ambientes culturales y periodos históricos.